

ALARMA:

EL LADRON DE FONTAINEBLEAU CREYO LLEVARSE UNA CAJA FUERTE ABARROTADA DE BILLETES DE BANCO

El pasado fin de semana, desaparecía del hospital de Fontainebleau la caja fuerte. Los ladrones, sin duda, habían pensado que —dada la cantidad de gente de elevada posición, especialmente de americanos, que habita en la zona boscosa que rodea el famoso castillo— iban a hallar un considerable botín en su interior. Y en el propio bosque abrieron la caja para encontrarse con la sorpresa de que, en lugar de los fajos de billetes que esperaban, el contenido se reducía a algunos tubos, unas agujas hipodérmicas y un pequeño recipiente de plomo. Los administradores del hospital, en cuanto la desaparición fue comprobada, pusieron en movimiento cuantos elementos estaban a su alcance para localizar a los autores del robo. Lo que se hallaba en el interior de los tubos y del recipiente de plomo era nada menos que radium, en cantidades tales que habría podido ser fatal para la vida de los ladrones o para la de cualquiera que lo hubiera encontrado. Por radio, se previno a la población y se hicieron repetidas exhortaciones a los ladrones para que nadie tocara el peligroso cargamento, caso de encontrarlo. El pánico cundió durante unas horas, ya que, por tratarse del fin de semana, eran muchas las personas que se encontraban o pensaban ir a los lugares donde el robo había sido cometido.

El azar permitió que se localizara rápidamente al autor del hecho, un muchacho danés, de veinte años, con un largo historial aventurero, que iba, desde varios robos cometidos en diversos países, al alistamiento en las tropas mercenarias de Katanga. Durante un día entero, y una vez atrapado por la Policía gracias al coche robado, que había utilizado para trasladar la caja al bosque, el danés se mantuvo bajo una falsa identidad, la del pasaporte, también robado, que llevaba en-

La llamada transmitida por radio para que el autor del robo de la caja fuerte del hospital de Fontainebleau indicara su paradero a fin de evitar todo posible accidente, no dio resultado. Luego, cuando se logró atrapar al ladrón, la Policía debió convencerle para que indicara dónde se encontraba el peligroso contenido de la caja. El propio Jacobsen acompañó a los agentes al lugar exacto. A la derecha, los recipientes que contenían el radium y Petersen en el coche de la Policía.



ROBARON EL RADIUM



cima, perteneciente a un compatriota suyo. Luego, y una vez que se le convenció del peligro que entrañaba el que la caja permaneciera abandonada para cualquier paseante dominical que topara con ella en su camino, Hans Jurgens Rosenfield-Jacobsen —que éste resultó ser el verdadero nombre del muchacho— accedió a acompañar a los agentes al lugar donde había abandonado el producto de su aventura, desilusionado al verificar su contenido. Su cómplice —cuyo nombre no se ha dado a la publicidad— participó de la expedición. Durante unas horas, París había vivido en la inquietud de aquellos tubos mortíferos, susceptibles de producir la muerte de quien se encontrara con ellos.

Como en una novela de aventuras, al estilo de las de James Bond, el malhechor había transportado lo que podía haber sido causa de su desaparición. Pero como la vida real es más prosaica que la que a través de la obra de Ian Fleming se está convirtiendo en el gran mito de nuestros días, la solución fue mucho menos espectacular. Y, afortunadamente, más positiva.

(Fotos DALMAS)

